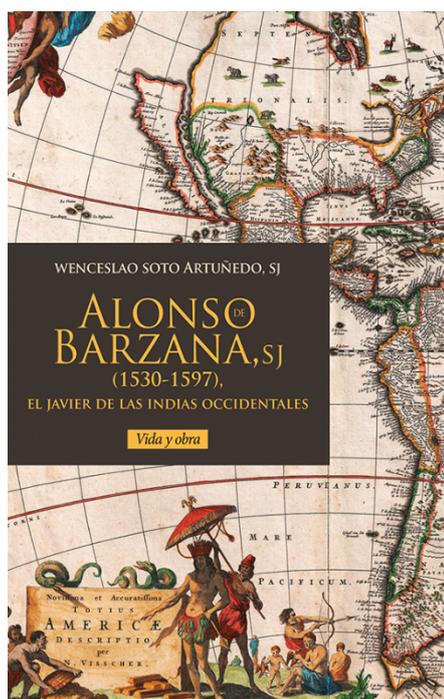


ALONSO BARZANA, S. J. (1530-1597) EL JAVIER DE LAS INDIAS OCCIDENTALES. VIDA Y OBRA



Título: *Alonso Barzana, S. J. (1530-1597). El Javier de las Indias Occidentales. Vida y obra*

Autor: Wenceslao Soto Artuñedo, S. J.

Editorial: Ediciones Mensajero

Año de edición: 2018

ISBN: 9788427141902

Este estudio aborda la vida y obra de un misionero jesuita singular, la del padre Alonso Barzana, que en la segunda mitad del siglo XVI (entre 1569 y 1597) recorrió el virreinato del Perú anunciando la fe de Cristo y difundiendo el evangelio tanto entre la población hispana establecida en aquellas tierras alejadas de la metrópoli como entre las tribus indias, por medio de la predicación y de la administración de los sacramentos. El papa Francisco tenía un vago conocimiento de las peripecias misioneras de Alonso de Barzana en su Argentina natal, por lo que encargó al padre general de la orden de san Ignacio, Adolfo Nicolás, que se investigara la vida y obra de este misionero jesuita, al que se bautizó, por su ingente labor evangelizadora, como el Javier de las Indias Occidentales. Por este motivo se está incoando desde el año 2015, ante el cardenal Angelo Amato, prefecto de la Congregación de la Causa de los Santos, la causa de canonización de Alonso de Barzana, puesto que llevó a cabo el proyecto misionero de los jesuitas del siglo XVI reivindicando la dignidad del individuo y la promoción social y económica de los pueblos indígenas, y respetando sus ritos, lenguas y tradiciones. Tras su fallecimiento, en diciembre de 1597, ya se recogía en una crónica anónima su fama de santidad por su virtud y talento para aprender las lenguas indígenas, y predicar y convertir a los indios al cristianismo. En la sexta Congregación Provincial del Perú, celebrada en 1637, ya se inició el proceso de beatificación del misionero Barzana y, posteriormente, el de canonización.

Para llevar a cabo la indagación histórica de esta delicada misión, se requirió un experto investigador, Wenceslao Soto Artuñedo, estudioso de la presencia de los jesuitas en Málaga y en Andalucía, con un amplio bagaje de publicaciones en su haber. Un historiador giennense que, siguiendo una rigurosa

metodología, tuvo que familiarizarse con el entorno geográfico por el que el padre Barzana llevó a cabo su compleja misión –Perú, Bolivia, Argentina y Paraguay–, consultar una extensa documentación en diversos archivos españoles y americanos, acercarse a una interesante correspondencia del misionero con Francisco de Borja y otros predicadores, y co-tejar una amplia bibliografía para darnos a conocer la trayectoria vital y religiosa del padre Barzana de una forma amena y atrayente. Soto Artuñedo nos presenta a un jesuita modélico que lleva a cabo su labor misionera impulsado por su amor a los indios, que utiliza una oratoria persuasiva en su propio lenguaje, para lo cual tuvo que familiarizarse con las lenguas indígenas quechua, aymara, kakán, la de los lules o el guaraní, aprendiéndolos y elaborando vocabularios, gramáticas y materiales para la predicación y para la administración de los sacramentos. Un personaje de talla humana, misionero y religiosa singular de la historia de Latinoamérica que estaba firmemente imbuido en la doctrina teológica de que fuera de la Iglesia no hay salvación y, por tanto, sin bautismo no hay redención; y que la misión de los misioneros era llevar la salvación a aquellos lugares donde no había llegado aún el mensaje evangélico.

De la biografía de Barzana destaca el autor su nacimiento en un lugar de Castilla y cómo durante su infancia recorre Andalucía acompañando a su padre en el ejercicio de la medicina. A los quince años llega a Baeza para iniciar su formación académica en el colegio de estudios generales de la Santísima Trinidad, administrado por Juan de Ávila, que ejercerá una influencia decisiva en su vida y en su vocación jesuítica. Alonso se incorpora a los estudios de gramática y, una vez superados, a los de filosofía y teología. A los dieciocho años, escuchando un sermón de Bernardino de Carleval, decide cambiar el rumbo de su vida y entregarse a la salvación de las almas, por lo que inicia una severa penitencia con disciplinas, vigiliias, ayunos y cilicios que le hicieron enfermar.

En 1555, recibe las órdenes sagradas de manos del arzobispo de Granada, Pedro Guerrero, debido a que el obispado de Jaén se encontraba en sede vacante, y desde este instante se dedica a los ministerios sacerdotales en Iznatoraf (Jaén), lo cual compagina con tareas docentes, pues forma parte del claustro de la Universidad de Baeza. En esta tesitura, finaliza el bachillerato de Teología y el grado de maestro en Artes. Al morir su padre, Alonso se hará cargo económicamente de su madre y de sus hermanos hasta que el que le sigue en edad, también sacerdote, acepta un beneficio en Cañete de las Torres y, a partir de ese momento, se ocupará de la familia.

Barzana, libre ya de cargas familiares, ingresa en la Compañía de Jesús un 14 de julio de 1567, cum-

pliendo un anhelado deseo que, por consejo de Juan de Ávila, había precisado demorar hasta que su familia tuviera el sustento asegurado.

Tras la etapa de noviciado en Sevilla, Alonso se verá inmerso en «el deseo de las Indias», por lo que, contagiado de la vocación misionera y evangelizadora de la Compañía de Jesús, que consideraba que fuera de la Iglesia no había salvación, decide marchar a América para llevar la palabra de Dios a aquellas comunidades indígenas que no la conocían. Ese deseo se verá cumplido cuando el monarca Felipe II solicita a Francisco de Borja que destine algunos miembros de la Compañía al Perú para acompañar al nuevo virrey, Francisco Álvarez de Toledo, que partirían rumbo a su nuevo destino en la primavera de 1569. Alonso de Barzana es uno de los candidatos seleccionados para esa misión, ya que es de probada virtud, tiene los suficientes conocimientos de letras y goza de buena salud para esta empresa.

Finalmente, embarca en San Lúcar de Barrameda el 19 de marzo junto con otros jesuitas. Surcan el Atlántico y llegan a Cartagena de Indias antes de dirigirse a Nombre de Dios, en Panamá; allí se hacen a la mar por el sur del Pacífico hasta Callao y, desde el puerto, llegan a Lima el 8 de noviembre.

Barzana se incorpora a la segunda etapa evangelizadora (1583-1649), en la que los misioneros comienzan a impartir a los indígenas la memorización de las principales oraciones, traducen los textos sagrados a las lenguas autóctonas y predicán por medio de metáforas. Tras la predicación del sermón en lengua indígena y la identificación por medio de imágenes de la doctrina cristiana, tenía lugar la confesión del indígena.

El misionero Barzana se interesó desde el primer momento por la lengua nativa de los indígenas. Su facilidad para las hablas vernáculas le llevó al aprendizaje del quechua. Enseñaba y predicaba en Lima en el idioma nativo, hasta que fue enviado, en 1570, a la doctrina de Huarochirí, a la que llevó panes, medicinas y regalos para la población indígena. Durante esta misión, Barzana ya enseñaba y predicaba la doctrina, confesaba a enfermos y sanos, bautizaba a los niños y celebraba casamientos en quechua. A pesar de la prosperidad de su misión en Huarochirí, los jesuitas abandonaron esta doctrina en 1573 en favor de los curas seculares. El siguiente destino de Barzana fue la doctrina de Santiago del Cercado, en la que inició la confesión de los indios, que hasta entonces apenas se practicaba. En 1571, en el Cuzco, el padre Barzana pasó al colegio fundado por los jesuitas para enseñar quechua a otros misioneros de la orden de san Ignacio. En esta ciudad, fundó la Cofradía del Santo Nombre de Jesús y el Niño Jesús, integrada por nobles. Aquí, los jesuitas fueron testigos de la ejecución de

Túpac Amaru el 24 de septiembre de 1572, con el rechazo total del pueblo indígena hacia el virrey y los españoles.

A los indios del Cuzco les extrañaba que un sacerdote de la raza de los conquistadores les hablara en su idioma y los tratara como iguales, por lo que se entregaban a recibir el evangelio y los sacramentos incondicionalmente. Durante la Cuaresma, Barzana realizó desde el Cuzco una excursión apostólica a Arequipa. Desde allí, siguió a la región del lago Titicaca, donde los indígenas hablaban la lengua aimara, originaria de los Andes. Aquí, el misionero Alonso aprendió el aimara, de hecho fue el primer jesuita que utilizó esta lengua para evangelizar a la población india de Juli, camino de Potosí, adonde llegaron el verano de 1574.

Alonso de Barzana predicaba los domingos por la mañana a los españoles, mientras que por la tarde se reunía con los indios en la plaza del pueblo para enseñarles el anuncio de Jesucristo. Con motivo de la llegada al Perú del visitador padre Juan de la Plaza, el misionero Barzana viajó a Lima, a comienzos del año 1576, para participar en la primera congregación provincial peruana y fue nombrado adjunto del padre Luis López como secretario.

En esta reunión se expusieron los métodos para evangelizar a los indios y elaborar un catecismo breve, una gramática y un vocabulario, así como un confesionario y un cuaderno de oraciones en lengua quechua. Barzana fue el encargado de preparar estos textos. En la Cuaresma de 1576, el padre Alonso predicó las misiones a indios de los pueblos de la cordillera de los Andes y luego regresó a Lima, donde se le anunció que se le autorizaba a profesar el cuarto voto, lo cual ocurrió en Lima el 28 de junio con asistencia del virrey y personal de la Audiencia.

Tras este acontecimiento gozoso, el próximo destino del padre Barzana fue la doctrina de Juli, una misión experimental de los jesuitas para la evangelización de los indios; es decir, la formación de una comunidad social-religiosa dirigida por un misionero como jerarca eclesiástico y cívico. En estas reducciones, los jesuitas mantenían elementos de la cultura indígena y vigilaban para que los españoles no se metieran con sus pobladores. Los misioneros jesuitas atendían a las tres parroquias y comenzaron a aprender la lengua aimara, además de crear una escuela para los muchachos indígenas. En Juli, el padre Barzana pronunció su primer sermón en aimara ante los atónitos indios y allí permaneció hasta que fue enviado a Arequipa en agosto de 1578, para regresar al poco tiempo.

En septiembre de 1579, el padre Alonso de Barzana es destinado a Cuzco y a los dos años, una vez finalizado su cometido, a las misiones volantes que atendían a los indios del lago Titicaca. Al

año siguiente, en 1582, el jesuita Barzana regresa a Lima para asistir a la tercera congregación provincial, al mismo tiempo y en idéntico lugar en el que tuvo lugar el III Concilio Limense. Una vez finalizada la reunión provincial, el misionero Alonso se dirigió a Potosí para hacerse cargo de una cátedra de Quechua destinada a que los párrocos y los misioneros pudieran predicar la doctrina cristiana a los naturales en su propia lengua: quechua, aimara y puquina.

Los primeros misioneros de Tucumán llegaron desde el Perú y pronto extendieron su apostolado hasta Paraguay, y hacia estas tierras se dirigió Barzana en su afán misionero, resultando esta etapa la más activa en su papel como evangelizador.

Durante su estancia en Santiago del Estero, se dedicó al estudio de nuevas lenguas indígenas, como el kakán y el tonocoté, y redactó la gramática, el catecismo, el sermonario y el confesionario en estos idiomas. En estas tierras convirtió a miles de indígenas. En el año 1587, llegaron los jesuitas a Córdoba de Tucumán y Alonso fue enviado al río Salado, a las tierras de los tobas, mocovíes, diaguitas y lules, que hablaban tonocoté. En 1591, los misioneros jesuitas ampliaron su radio de acción al río Bermejo, estableciéndose en la población de Matará. Barzana predicaba los domingos y días de fiesta por la mañana a los adultos y por las tardes a los niños, al tiempo que aprendía el guaraní.

Pasados unos años, Alonso se dirigió a su nuevo destino, la ciudad de Asunción, donde enfermó, por lo que se dedicó a escribir sobre sus ministerios e impresiones sobre los indios, así como sus lenguas diferentes. Al mismo tiempo, impartía clases en las escuelas a niños y jóvenes españoles e indios. Inesperadamente, en diciembre de 1595, el padre Barzana sufrió una perlesía y, como no mejoraba, su superior, el provincial Juan Sebastián, decidió enviarle a Lima para que recibiera una atención médica más efectiva, pero cuando llegó a la ciudad del Cuzco, tras cinco meses recorriendo caminos y vadeando ríos, falleció el último día del año 1597. Recibió sepultura en la iglesia de la Compañía acompañado por miles de sus seguidores españoles e indígenas, si bien hoy día se ignora la localización de sus restos. Su fama como apóstol del Perú, Tucumán y Paraguay llegó a España y en Baeza, donde vivió y estudió durante su juventud, se le consideró un mártir de la fe en las Indias.

Según una descripción física de Pedro Lozano, Barzana «en lo personal era venerable y respetuoso, el rostro agradable, la voz corpulenta, clara y sonora; las acciones sin afectación, airoas y naturales, el estilo propio y fecundo». Sin embargo, Alonso de Barzana destacó principalmente por su espíritu misionero y por su gran capacidad para aprender lenguas indígenas, ya que cultivó entre

doce y trece diferentes, entre los que destacan el quechua, el aimara y el guaraní. Finalmente, estableció un método de aprendizaje propio, sirviéndose de algún indio del que aprendía la lengua que luego transmitiría a otros misioneros. Barzana, en cada lengua, redactaba una gramática, recopilaba un vocabulario amplio y elaboraba un catecismo, confesionarios y sermonarios, que fueron utilizados por misioneros posteriores como herramientas necesarias para la evangelización.

A modo de conclusión, sin la lectura de este estudio es muy difícil comprender la inmensa obra misionera de la orden de san Ignacio en las extensas regiones del Perú, Argentina y Paraguay. Completan este libro los textos de las cartas que escribió Alonso de Barzana a Francisco de Borja y a otros destinatarios, los registros de la Universidad

de Baeza, una historia general de la Compañía de Jesús en la provincia del Perú y otra historia de la provincia de Andalucía, así como el catálogo de algunos varones insignes de la provincia del Perú de la Compañía de Jesús, una serie de anexos, un índice onomástico y unas breves líneas sobre el autor. Su lectura sorprenderá gratamente a muchos lectores, que podrán valorar el esfuerzo misionero de la Iglesia en las provincias de ultramar y en especial el desarrollado por los jesuitas.

Marion Reder Gadow
Universidad de Málaga (España)